

Cristo o Barrabás

T. Bunch

Cap. 19

Cuando Herodes se negó a condenar a Jesús y lo remitió de nuevo a Pilato, el gobernador romano quedó chasqueado. Había creído escapar a la responsabilidad de decidir en el caso más embarazoso de su experiencia como juez. “Entonces Pilato, convocando a los principales sacerdotes, a los gobernantes y al pueblo, les dijo: -Me habéis presentado a este como un hombre que perturba al pueblo; pero, habiéndolo interrogado yo delante de vosotros, no he hallado en él delito alguno de aquellos de que lo acusáis. Ni tampoco Herodes, porque os remití a él. Nada digno de muerte ha hecho este hombre, así que lo soltaré después de castigarlo” (Luc. 23:13-16).

La sugerencia que hizo Pilato para satisfacer las demandas de la turba, de castigar a quien había declarado inocente, era por demás vil y cobarde. “La propuesta de azotar al prisionero fue el segundo de los subterfugios criminales y cobardes mediante los cuales Pilato procuraba satisfacer su conciencia y las demandas de la turba a un tiempo... La injusticia de esa monstruosa propuesta era del carácter más execrable. Si Jesús era culpable, debió haber sido castigado; si era inocente, debió haber sido inmediatamente puesto en libertad y se lo debió haber protegido de los ataques de los judíos” (“*The Trial of Jesus*”, Chandler, vol. 2, p. 129 y 130). Si Jesús era culpable de los crímenes de los que se lo acusaba, la mera flagelación no habría sido suficiente castigo; pero si era inocente, tal como acababa de declararlo el juez, cualquier castigo sería totalmente injusto.

A propósito de ese segundo intento de parte de Pilato por escapar a la responsabilidad del caso, dice la Biblia de Cambridge: “Se daba ahora la oportunidad de oro que Pilato debió haber aprovechado, de hacer lo que él sabía que era lo correcto; y estaba realmente deseoso debido a que la mansa majestad del Señor había causado en él una honda impresión... Pero los hombres suelen vivir bajo la presión ejercida por sus propias acciones en el pasado; y Pilato, con su ambición y crueldad, había ofendido de tal modo a los habitantes de todas las provincias de Judea, que no se atrevió a hacer nada más que provocar la acusación que se cernía amenazadoramente sobre su cabeza... Fue en ese punto donde Pilato comenzó a ceder a la fatal vacilación que se convirtió pronto en culposa, y que le impidió toda posibili-

dad de evasión. Acababa de declarar al prisionero absolutamente inocente. Someterlo al horrible castigo de ser azotado con la mera finalidad de satisfacer el orgullo de los judíos, y humillarlo ante sus ojos, fue un desafortunado acto de ilegalidad que debió haber sido inmediatamente repudiado como indigno del sentido romano de la justicia”.

Pilato ofrece a Barrabás

Como dirigiéndose al vacilante juez que dudaba entre la justicia y la conveniencia, un autor escribió: “Pilato: sé consecuente contigo mismo. Si Cristo es inocente, ¿por qué no lo dejas ir libre y absuelto? Y si crees que es merecedor de sufrir el castigo del azote, ¿por qué lo declaras inocente?” (Gerhard, Harm, ch. 193, p. 1889, Greenleaf). Pero la turba rechazó indignada la solución de compromiso que se le ofrecía, y pidió con insistencia la muerte de la víctima.

En ese aprieto, Pilato probó otra treta para quitarse de encima la responsabilidad del caso. A modo de feliz idea acudió a su mente la costumbre que instituyera uno de sus predecesores, quizá el propio Herodes el Grande. Al comienzo de cada Pascua el procurador ponía en libertad un prisionero escogido por los mismos judíos. “Ahora bien, en el día de la fiesta acostumbraba el gobernador soltar al pueblo un preso, el que quisieran. Y tenían entonces un preso famoso llamado Barrabás. Reunidos, pues, ellos, les preguntó Pilato: -¿A quién queréis que os suelte: a Barrabás o a Jesús, llamado el Cristo? (porque sabía que por envidia lo habían entregado)... Pero los principales sacerdotes y los ancianos persuadieron a la multitud que pidiera a Barrabás y que se diera muerte a Jesús. Respondiendo el gobernador les dijo: -¿A cuál de los dos queréis que os suelte? Y ellos dijeron: -A Barrabás. Pilato les preguntó: -¿Qué pues haré de Jesús, llamado el Cristo? Todos le dijeron: Sea crucificado” (Mat. 27:15-22).

La historia indica que en Atenas y en Roma existía idéntica costumbre. Durante las grandes festividades nacionales el pueblo tenía el privilegio de elegir un preso para que las autoridades lo liberaran. Es muy probable, por lo tanto, que los romanos hubiesen introducido en Judea esa costumbre. Josefo hizo

mención de esa costumbre entre los judíos, y sea cual fuere su origen, había logrado un arraigo tan grande que había venido a convertirse en una especie de obligación para el procurador. “Tenía necesidad de soltarles uno en cada fiesta” (Luc. 23:17). Por el tiempo en que Pilato hizo aquella propuesta, es probable que grupos de entre el pueblo estuvieran ya debatiendo de qué prisionero iban a solicitar la liberación, y es lógico suponer que esa elección viniera precedida por considerable propaganda relativa al criminal que habría de ser perdonado. Sin duda los familiares y amigos de los presos judíos que estaban bajo custodia romana debían jugar un papel considerable.

La llegada de otras personas a la multitud añadió un nuevo elemento, que abrió ante el gobernador la expectativa de que la gran popularidad de Jesús lo convertiría en el preso liberado, según aquella costumbre de la Pascua. Recordó, pues, dicha costumbre a los judíos, y anunció su disposición a liberar al preso que escogieran. Pilato estaba seguro de que el populacho escogería a Jesús; no obstante, para asegurarse de que así fuera, ordenó a los guardias del pretorio que trajeran de la cárcel al más peligroso de los presos, que era un notable criminal. Poniéndolo junto a Jesús, pidió a la multitud que decidiera entre los dos.

En 1892 se descubrió un antiguo Nuevo Testamento siríaco en el convento de santa Caterina, en el monte Sinaí, que expresa el pasaje en estos términos: “¿A quién queréis que os suelte, a Jesús Bar Abba, o al Jesús que es llamado Cristo?” Según eso, Pilato les estaba virtualmente diciendo: “¿Qué Jesús queréis que os libere, Jesús el hijo de Abba, o Jesús el Rey?” Jesús había sido procesado por su manifestación de ser el Mesías. Barrabás, o Bar Abba, se llamaba también Jesús. Jesús Barrabás significa “Jesús, el hijo de Abba”. Abba significa “padre”, por lo tanto se trataba de “Jesús, el hijo del padre”. También él había manifestado ser el Mesías, y en su esfuerzo por demostrar su pretensión y establecer su autoridad como rey de los judíos, había instigado una insurrección que se acompañó de considerable derramamiento de sangre. Se encontraba a la espera de la sentencia de muerte que correspondía a sus delitos de sedición y asesinato. “Había uno que se llamaba Barrabás, preso con sus compañeros de motín, que habían cometido homicidio en una revuelta” (Mar. 15:7).

Jesús Barrabás era culpable precisamente de aquello mismo de lo que los judíos acusaban con falsedad a Jesús el Cristo. A.T. Robertson dijo: “Por alguna razón, Barrabás era un héroe popular, un pri-

sionero famoso, cabecilla en una revolución o insurrección probablemente dirigida contra Roma, por lo tanto, culpable del mismo crimen por el que estaban persiguiendo a Jesús, quien sólo había reclamado la realeza en el sentido espiritual del reino. Así, Pilato, sin haberlo premeditado, puso en contraste a dos prisioneros que representan las dos fuerzas antagónicas de los siglos” (“*Word Pictures in the New Testament*”, Robertson, vol. 1, p. 225).

Dos pretendientes

Estando lado a lado ambos pretendientes al mesianato en el porche del pretorio, el contraste entre uno y otro era tan marcado como para que nadie que los contemplara pudiera llamarse a engaño. Jesús tenía muchos amigos que asistían a la Pascua, y muchos de entre ellos debían estar llegando y añadiéndose al gentío. La multitud habría elegido a Jesús por aclamación, de no ser porque los dirigentes judíos “persuadieron a la multitud que pidiera a Barrabás y que se diera muerte a Jesús” (Mat. 27:20). Para sorpresa y pesar del gobernador, la multitud pidió la liberación de Barrabás el criminal, y la crucifixión de Jesús, el Inocente. Refiriéndose más tarde a esa elección, Pedro dijo valientemente a los judíos: “Vosotros negasteis al Santo y al Justo, y pedisteis que se os diera un homicida, y matasteis al Autor de la vida, a quien Dios resucitó de los muertos, de lo cual nosotros somos testigos” (Hech. 3:14 y 15).

En la mente de Pilato no cabía ya duda alguna de que los judíos estaban motivados por el odio y la envidia hacia Jesús. El grito “crucifícalo”, es indicativo de que “no había ni una partícula de legalidad o de justicia; la tradicional clemencia queda totalmente olvidada; la turba fanatizada, agolpándose contra las puertas del pretorio –más allá del cual no puede pasar-, se une en excitada gesticulación, exigiendo con furioso vocerío la sangre de Jesús” (*The Cambridge Bible*). Dijo el sabio que “duros como el seol [son] los celos” (Cantares 8:6). “¿Quién podrá sostenerse delante de la envidia?” (Prov. 27:4). Ante la marea de injusticia inspirada por los celos y la envidia, Pilato se sintió desamparado y derrotado.

Mientras Pilato dudaba entre el deber y la conveniencia, llegó un mensajero procedente del palacio trayéndole un mensaje. La autora era Claudia. “Estando él sentado en el tribunal, su mujer le mandó a decir: -No tengas nada que ver con ese justo, porque hoy he sufrido mucho en sueños por causa de él” (Mat. 27:19). Esa advertencia llenó a Pilato de un miedo supersticioso. ¿Acaso no había sido advertida en sueños la esposa de Julio César sobre la suerte que le aguardaba? Había implorado a su marido que

no acudiera a la cámara del senado, tal como le requería con persistencia Brutus y sus compañeros de conspiración; su muerte fue el resultado de desoír la advertencia de su esposa. Los romanos creían que los dioses enviaban mensajes a los hombres en sueños. ¿Sería esa una advertencia de parte de los dioses de sus padres?

“El pobre Pilato se iba entrapando cada vez más mientras dudaba en liberar a Jesús, a quien sabía inocente de todo crimen contra el César. En el preciso momento en que se encontraba procurando disponer al pueblo en favor de Jesús, contrariamente a los intentos de los dirigentes judíos, su mujer le envió un mensaje relativo al sueño que había tenido concerniente a Jesús. Se refirió a él como a ‘ese justo’, y el sufrimiento que le había causado en sueños no hizo más que aumentar la aprensión supersticiosa de Pilato... Logró crispar al débil Pilato, en su silla de juicio” (“*Word Pictures in the New Testament*”, Robertson, vol. 1, p. 226).

“En respuesta a la oración de Cristo, la esposa de Pilato había sido visitada por un ángel del cielo, y en un sueño había visto al Salvador y conversado con él. La esposa de Pilato no era judía, pero mientras miraba a Jesús en su sueño no tuvo duda alguna acerca de su carácter o misión. Sabía que era el Príncipe de Dios. Le vio juzgado en el tribunal. Vio las manos estrechamente ligadas como las manos de un criminal. Vio a Herodes y sus soldados realizando su impía obra. Oyó a los sacerdotes y príncipes, llenos de envidia y malicia, acusándole furiosamente. Oyó las palabras: ‘Nosotros tenemos ley, y según nuestra ley debe morir’. Vio a Pilato entregando a Jesús para ser azotado, después de haber declarado: ‘Yo no hallo en él ningún crimen’. Oyó la condenación pronunciada por Pilato, y le vio entregar a Cristo a sus homicidas. Vio la cruz levantada en el Calvario. Vio la tierra envuelta en tinieblas y oyó el misterioso clamor: ‘Consumado es’. Pero otra escena aún se ofreció a su mirada. Vio a Cristo sentado sobre la gran nube blanca, mientras toda la tierra oscilaba en el espacio y sus homicidas huían de la presencia de su gloria. Con un grito de horror se despertó, y enseguida escribió a Pilato unas palabras de advertencia” (*El Deseado de todas las gentes*, p. 680 y 681).

Una advertencia inspirada

Bien podemos imaginar la consternación de Claudia, cuando despertó y supo que a la entrada del pretorio estaban teniendo lugar las precisas escenas que se le habían presentado en sueños, y que su esposo era el actor principal en aquel drama de injusticia. Como resultado de la advertencia, Pilato determinó hacer lo imposible por escapar a la responsabilidad de condenar y crucificar a un hombre inocente, que quizá fuera más que un hombre.

Se conoce por la historia que los gobernadores de las provincias estaban obligados a informar de vez en cuando al emperador acerca de los asuntos más relevantes de su administración. Tiberio estaba especialmente interesado en los procesos judiciales y ejecuciones por traición, y es más que probable que Pilato enviara a su superior un informe detallado sobre el juicio y crucifixión de Jesús, informe que debió sin duda redactar en términos que le dieran a él la gloria. Se conocen diversos informes apócrifos de ese trágico evento, pero es muy dudosa su autenticidad.

Si bien podemos fácilmente imaginar que la vida y milagros de Jesús debieron estar presentes en el sueño de la esposa de Pilato, no es nada probable que el gobernador enviara un informe a su superior que lo desacreditara personalmente. Es mucho más probable que en caso de haber enviado tal informe relativo al juicio y crucifixión de Cristo, se atribuyera el crédito de haber hecho matar a un traidor peligroso para el Imperio Romano.

Es indudable que el mensaje de Claudia debió tener una profunda influencia en la conducta de Pilato durante el resto del juicio. El proceso judicial resultó prolongado en consecuencia, mientras que el dubitativo y vacilante juez buscaba desesperadamente la forma de escapar a la terrible responsabilidad que las autoridades judías y la turba habían hecho que se cerniera sobre él. Todos sus esfuerzos fueron en vano. Tendría que enfrentarse al desafío, y cargar eventualmente con los resultados de su inconsecuencia. La justicia siempre exige y obtiene retribución ante una conducta malvada, y nadie puede escapar a esa providencia.